Psicoanálisis postmoderno

Arnold Goldberg, M.D.

INTRODUCCION

Lo correcto es algo que impregna y envuelve al psicoanálisis. Desde nuestra preocupación por la trasgresión de los límites hasta nuestra expectativa por una buena interpretación, nos empeñamos en ser honestos y útiles; en hacer lo correcto. Donde esta corrección y decoro aparecen en forma más prominente es en los esfuerzos de una práctica clínica conforme a un método prescripto y proscrito. Por eso todos los analistas alegan honra y respeto al método psicoanalítico, una colección de reglas, que acatadas en forma apropiada, deberían llevar, por una suerte de lógica interna, a un desenlace correcto. Para nuestra sorpresa inicial y para nuestra posterior desilusión, los que adherimos a este plan hemos aprendido que a veces parecemos no poder cumplir todas las reglas; en otros momentos un cumplimiento al parecer fiel lleva a resultados lamentables, y en algunas ocasiones una total despreocupación por las reglas se vuelve la mejor ruta para una solución satisfactoria. Cabe entonces preguntarse si el método realmente se cumplió correctamente o si, por el contrario, nuestras reglas están equivocadas, o hasta si, extrañamente, la unión del psicoanálisis y lo correcto no es tan indiscutible.

La práctica del psicoanálisis o la aplicación del método supone, como cualquier procedimiento que sustenta un método, un compromiso a seguir las reglas. Todo el que quiera aprender análisis cuenta con un grupo de libros que explican cómo se debe actuar; una experiencia de supervisión que permite el estudio y el ajuste de los errores; una vida profesional con pacientes diseñados para aguzar nuestra habilidad y, nos guste o no, establecer

nuestras propias reglas, que se avienen por lo general a los libros, a los supervisores y al éxito o al fracaso con los pacientes.

Debemos distinguir antes que nada, como lo enfatizó Wittgenstein (1967), el seguir una normativa del comprender una normativa. Puede ser que esta distinción sea más difícil de lo que aparenta.

Es indudable que últimamente el psicoanálisis ha sido testigo de una serie de modificaciones en el método que para algunos obedece a un relajamiento de las reglas. Para otros, cualquiera de estos cambios es una modificación de las reglas. Y aún hay otros que rechazan cualquier cambio como un desprecio por las reglas llegando a veces a la exclusión conceptual de la pertenencia a la comunidad psicoanalítica. Estos cambios no son sólo con respecto a la frecuencia semanal de las sesiones tal como sucede con la erosión de cinco a cuatro a tres y aun el análisis de una sesión, sino que se extiende a reglas que fueron sacrosantas en algún momento. Algunos analistas prescinden del diván; algunos describen tratamientos psicoanalíticos realizados por vía telefónica; muchos analistas alientan relevar sus sentimientos personales a los pacientes, al punto de preguntar a los pacientes por su interés en lo que de otra forma sería información privada (Aron, 1996). De hecho, cuando se alienta a compartir sentimientos positivos, amorosos hacia el paciente, se puede escuchar un furor clamando que eso ya no puede considerarse análisis. Aparte de espantar a los no-creyentes para mantener alguna semblanza de conformidad, uno se pregunta si se puede y de qué forma, circunscribir todos los cambios en las reglas y en el método. Podríamos comenzar teniendo como meta la investigación del origen de todo este “psicoanálisis salvaje” actual, y dedicarnos menos al tema de lo correcto.

ANTECEDENTES

Para buscar el origen del método psicoanalítico y las reglas a seguir (o ignorar) no hay que dirigirse al camino que trazó Freud, bien conocido por todos los analistas, sino a uno que está inestablemente situado entre dos citas. La primera atribuida al analista Wilfred Bion que dijo: “Es difícil atenerse a las reglas. En primer lugar, no sé cuáles son las reglas del psicoanálisis”

(Bion, 1990). La segunda pertenece a un filósofo paladín del postmodernismo, Jean-Francois Lyotard, que nos dice que el postmodernismo es “incredulidad frente a las metanarrativas” y sostiene también que toda la ciencia se legitima en referencia a una metanarrativa, que es un conjunto de reglas del juego (Lyotard, 1984, p. xxiv). De manera que Bion desconoce las reglas y Lyotard no confía en ellas. Y aunque quizá lo de Bion fue un escabullirse lúdico, estaba también comunicando una verdad más profunda que podría sumarse a la de Lyotard. Ambos expresan un escepticismo y un recelo acerca de adoptar reglas que remiten a un método que puede, por su insistencia en lo correcto, estar más al servicio de la obligación y la distorsión, que al de la orientación.

La perspectiva postmoderna en su sentido más general se dirige a una multiplicidad de abordajes que no pueden vincularse en una grandiosa narrativa o en una teoría exagerada. Admite muchos lenguajes y la Torre de Babel resultante ha llevado a la vez a muchos de sus críticos a condenarla diciendo que “vale todo”. Es intranquilizante, preocupante y amenaza con socavar la solidez de cualquier empresa que se rija por reglas. Me parece que ésta es una injusta e ingenua comprensión del postmodernismo, bien ilustrado por Lyotard cuando afirma que cada self vive en una trama de relaciones que es más compleja y móvil que nunca. (Lyotard, 1984, p. 15) Mirar a la mente con esta visión de su complejidad nos ayuda a reconocer que tales sistemas complejos y abiertos no son ni predecibles ni determinados. Más aún, extendiendo el concepto de sobredeterminación de Freud, se pueden enumerar una serie de sistemas. Estos abarcan desde la auto-organización (comparada a opciones pre-programadas definidas *a priori*) hasta una multiplicidad de soluciones finales (comparadas a un resultado específico) (Cilliers, 1998, p. 91). En resumen, el abordaje postmoderno se desplaza de la teoría general o metanarrativa, que apunta a explicar todo, a las particulares que dependen del conjunto de condiciones locales, es decir, del contexto.

Si se acepta esta tendencia hacia la flexibilidad y la existencia de límites inciertos en virtud de la complejidad de los sistemas, entonces puede darse un movimiento que considere que muchas de nuestras reglas y el método resultante son dispositivos que no necesitan tener mucha o ninguna validez general. Más bien, todas

deben ser refundidas para el momento especial o momento de aplicabilidad, es decir son más locales que generales. Un cuidado que desafortunadamente muchas veces no se toma en consideración, y que debería ser un compañero constante, es el siguiente: una regla que puede alterarse a causa de una circunstancia, no puede en consecuencia ser vista como innecesaria en circunstancias distintas. No somos capaces de generalizar con facilidad. No estamos tanto en un campo donde “todo vale” como en uno donde “todo importa”. Esto requiere entonces una actividad constante de encuadre, de “meta” examen de todo lo que sucede, pero, nuevamente, dentro de su contexto particular. Ya no podemos tomar nada por dado.

NOTAS CLINICAS

Una anécdota bastante inocente, pero llamativamente ilustrativa de nuestra literatura (Akhtar, 1999), nos cuenta la no aceptación de un analista del regalo de frutas de un paciente mientras explicaba con mucho tacto las reglas, es decir, las razones de su no aceptación. Al parecer hacía esto principalmente en términos de la necesidad de frustrar las pulsiones instintivas y el paciente aceptó esta explicación. Esto *podría* ser un ejemplo de tergiversación del método justamente a causa de la generalización, del lugar de la metanarrativa general. La aplicación de ésta o cualquier otra regla impuesta al análisis por la teoría general puede ser necesaria o hasta inocente, pero usualmente cae por fuera del proceso de investigación psicoanalítica. Ilustra lo que es obedecer una regla en lugar de comprenderla. Este preciso paciente podría tener la necesidad de darle un regalo contrastando con la pre-condición del analista, pero nuevamente, sólo puede determinarse esto en el contexto del momento. Aplicar una regla puede (o quizás debe) alejar la propia presencia del analista de la dinámica de la situación, ya que la regla viene de otra parte. Todas nuestras preocupaciones habituales y necesarias acerca del significado de este sueño o esta fantasía o esta actuación, para el paciente y para el analista, pierden importancia con la introducción del tema de lo que es correcto o de la excusa de proceder de acuerdo a las reglas. Creo que uno puede honestamente atribuir esta posición de no-generalización a Bion, que al decir que

desconoce las reglas, pudo haber querido decir que sólo tienen que ver con un paciente específico en un momento específico, y por lo tanto, lo mejor es un no-saber de antemano.

RELEVANCIA CLINICA

Ultimamente mis colegas y yo hemos estado trabajando con un grupo de pacientes que podrían ser clasificados convenientemente como no viviendo según las reglas. (Goldberg, 1999) Pacientes que usualmente se los clasifica como teniendo problemas de conducta y que presentan un abanico de problemas de conducta que van desde mentir a robar, desde excentricidades sexuales a perversiones ilegales. Son personas que en general no se las piensa para psicoanálisis por la severidad de su patología o por su inhabilidad para aceptar las reglas del análisis. El estudio de estos pacientes nos obligó a pensar acerca de las reglas y el método psicoanalítico, en tanto nos vimos forzados a desarrollar reglas de una forma *ad hoc* en nuestros esfuerzos terapéuticos, o como diría Lyotard, reglas con validez y aplicabilidad local. Por regla general nuestros pacientes no podían ajustarse a nuestros métodos individuales de análisis y cada uno de ellos necesitó algún tipo de método individualizado. Esto sucede quizá en muchos o en todos nuestros pacientes de un modo más sutil.

EJEMPLO CLINICO

Conrad era un abogado que trabajaba en los juicios de sus clientes, y repentinamente presentó un cuadro de ansiedad aguda cuando debía argumentar en la corte, cosa que lo obligó a suspender todas esas apariciones públicas. Se sentía extremadamente afortunado por haber adquirido anteriormente un seguro de invalidez que le pagaba generosamente mientras no pudiese realizar su ocupación habitual, que para Conrad era aparecer en la corte. Para este seguro no importaba que Conrad pudiese realizar otras formas de actividad legal, y rápidamente eligió considerarse inválido y recibir el dinero del seguro. No es de sorprender que una exigencia del seguro fuese que un psiquiatra expidiese una certificación periódica de la enfermedad de Conrad, es decir que

Conrad debía ser visto por alguien que estuviese de acuerdo con ese contrato. Al comienzo esto no traía problemas pero al poco tiempo su primer analista, un psiquiatra, se resistió, ya que la necesidad de Conrad de este certificado de invalidez parecía estar interfiriendo con el tratamiento. Conrad fue a la búsqueda de psiquiatras. Unos cuantos analistas aceptaron tratarlo pero todos insistieron en no tener que ver con el requerimiento del seguro. Finalmente Conrad encontró un analista que aceptó tratarlo y además certificar periódicamente su invalidez.

Sin duda, llegado a este punto muchos analistas dirían que un análisis fidedigno sería imposible, ya que no se cumplirían las reglas del análisis, y que este arreglo, más que una alianza terapéutica podría verse como una negociación económica. No traemos este ejemplo extremo de desviación del método psicoanalítico como una instancia de desviación ética, lo que sería un tema aparte, sino más bien como una apertura a la investigación acerca de la posibilidad o no de los cambios en las reglas y si pueden estos cambios ser en sí mismos sujetos a análisis. En síntesis, por un tiempo este análisis parecía posible, hasta que a pesar de la mejoría del paciente, la terminación parecía difícil sino imposible. El analista presentó este caso a un grupo y se le criticó mucho por ser corrupto y estar en connivencia con el paciente. Las protestas del analista partían de su insistencia de “si yo no lo hiciese, lo haría algún otro”. Sin embargo, el grupo lo acusó implacablemente y poco tiempo después el analista, castigado y deprimido, buscó supervisión para su conducta. Descubrió mucho acerca de su propia codicia y deshonestidad y consiguientemente lo vio confirmado en el material que emergía en el análisis. Después de un tiempo pudo volver a encarar el análisis con nuevos insights y al poco tiempo el paciente decidió en forma independiente suspender sus beneficios de invalidez y terminar su análisis. El caso fue presentado nuevamente al grupo que permaneció crítico pero también menos seguro de ello. ¿Era éste realmente un caso de un análisis que simplemente no podía obedecer las reglas? Si no echamos mano al conocido “esto no es análisis”, ¿es posible que algunos análisis se desarrollen fuera de las reglas habituales siempre que estas excepciones sean en todo caso examinadas cuidadosamente? Y otra pregunta más intrigante aún es quizás: ¿se necesita compartir alguna patología similar para poder ayudar a algunos pacientes?

EL ANALISTA Y LAS REGLAS

Lo que aprendimos como grupo del estudio de una serie de estos pacientes rompe-reglas fue que la mayor parte de los analistas poseían, lo que podría llamarse, una inhabilidad, no obstante inconsciente, para atenerse a sus propias reglas preformadas. De hecho pronto pensamos que *solamente* podíamos esperar que fuera eficaz un analista rompedor de reglas con nuestros pacientes con problemas de conducta. El analista de Conrad fue capaz de examinar sus propias preocupaciones con el dinero y de esta forma pudo alegar que su propio desplazamiento desde los engaños económicos hacia la honestidad profesional tuvo su marca en este movimiento y su posterior eficacia.

Si viésemos como verdadera esta posición, podríamos hacer una afirmación paralela diciendo que todas nuestras reglas derivan de nuestras necesidades personales, es decir individuales, sancionadas por la pertenencia a grupos que piensan en forma similar. Nuevamente debemos recordar que esto no puede ni debe llevar al desenfreno. Más bien lleva a una pregunta fundamental acerca de lo que puede decirse del método analítico que no tenga que ver con las finuras del ritual como regalos, diván y frecuencia. Dicho de otra forma, ¿qué es lo que permite al analista funcionar como analista? ¿Cómo se puede comprender más que obedecer las reglas?

EL PACIENTE Y LAS REGLAS

Una lección que nuestro grupo aprendió a medida que discutíamos estos casos fue que no todos podíamos atender las necesidades de cada paciente. Mientras un analista era capaz de ayudar a un ladrón pero no a un travesti, otro podía fácilmente revertir sus predilecciones. La conclusión más destacada a la que hemos llegado fue la de una ceguera bastante persistente y significativa que acompaña nuestras preferencias y convicciones. Del mismo modo que el analista de Conrad desmentía al parecer su obvia (para los otros) deshonestidad, también pudimos ver posiciones defensivas similares operando en todas nuestras conductas. De estas combinaciones de racionalizaciones y negaciones, pareció emerger una colección de procedimientos que

tratamos de aplicar en todos nuestros pacientes. Si nos pudiésemos librar de estas pre-concepciones, podríamos explicar mejor la variabilidad del éxito y del fracaso con los pacientes. En una palabra, la conclusión inevitable es que algunos pacientes necesitan ciertas reglas mientras no tienen problemas con otras. De esta manera uno no puede operar de acuerdo a un conjunto de reglas fijas y a un método analítico con expectativas, como tampoco se puede operar con un conjunto de reglas totalmente flexibles y un método igualmente sin expectativas. La pregunta acerca de qué es lo que le permite funcionar al analista como tal es igualmente aplicable al paciente y su habilidad comparable para ser paciente. La tarea de cualquier análisis es determinar los requerimientos de un paciente dado, que difiere de los de otro y ver luego si estos requerimientos se articulan con las capacidades del analista. No tiene sentido asignarle cualidades tales como optimismo o apertura o hasta la neutralidad del analista, ya que cada una de estas cualidades bastante admirables pueden no servir bien a pacientes específicos y pueden no ser características naturales de un analista particular. Ni tiene sentido insistir que los pacientes no deban leer libros de psicoanálisis, ni casarse, ni deban traer regalos, ya que cada una de estas interdicciones puede o no estar al servicio de los mejores intereses del análisis. Necesitamos dar un paso atrás para darnos cuenta de lo que es esencial para el método analítico y sus aplicaciones.

DISCUSION

El psicoanálisis está basado en la comprensión: no en la comprensión intrascendente que se ve en las relaciones que prosperan de acuerdo a los logros, sino en una comprensión en profundidad condicionada por las complejidades de la transferencia y del inconsciente. Es una forma de comprensión que lleva a un plano secundario al bienestar y al acuerdo. Sin duda Freud sintió que había logrado esta forma de comprensión por medio de su técnica y de sus estipulaciones, o en otras palabras por el método que daba más posibilidad al desarrollo del estado transferencial deseable. Muchos analistas pensaron igual y no se puede descartar el conocimiento producto de esa tradición. Sin embargo, también es indudable que otros analistas pueden lograr

la comprensión bajo otras condiciones. Si el método de tal comprensión requiere una empatía sostenida de parte del analista, entonces se necesita prestarle atención a las condiciones que permitan que esto suceda para el paciente y para el analista. Si uno siente que otras forma de recoger datos son necesarias, entonces eso también se vuelve una empresa mutua para el paciente y el analista. Dado que las personas difieren en la personalidad y en la patología, parece temerario insistir que la tradición de Freud es aplicable para todos. Parece igualmente temerario afirmar que absolutamente nada es necesariamente aplicable a todos. De modo que busquemos, no un estado de acuerdo subjetivo, sino un estado que permita una investigación óptima de una persona por la otra. Para sobre-simplificar: se hace lo correcto en la medida en que se entienda lo que se está haciendo. Eso requiere que todo sea posible de ser colocado entre paréntesis como una metanarrativa local con reglas locales y así observarlo detalladamente. Y *nada* está libre de ser objeto de una búsqueda de comprensión de este tipo.

BIBLIOGRAFIA

- AKHTAR, SLAMAN (1999) Distinguishing needs from wishes, en *JAPA*, Vol. 47 (1): 113-151.
- ARON, L (1996), *A Meeting of Minds*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- BION, W. P (1990) *Brazilian Lectures*. London: Karnac Books.
- CILLIERS, P: (1998) *Complexity and Postmodernism*. London & new York: Routledge.
- GOLDBERG, A (1999) *Being of Two Minds*. Hillsdale, N.J: The Analytic Press.
- LYOTARD, JEAN-FRANCOIS, (1984), *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge, Theory, and History of Literature*, Vol. 10. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- WITTGENSTEIN, L (1967), *Philosophical Investigation*, trans. G. E. M. Anscombe. Oxford, England: Blackwell Publishers.

Traducido por Beatriz Schechter.

ARNOLD GOLDBERG

Arnold Goldberg
Suite 1305B, 122 South Michigan Avenue
Chicago IL 60603-6107
U.S.A.